



DRAWING © Adrian Mania

Guillermo Samperio

La segunda puerta

Me encontraba en un cuarto semi-oscuro, allí estaba también mi ex esposa terrible; ella discutía consigo misma con trabalenguas y figuritas de serpientes, símbolos de aritmética, cebollas, etcétera. La habitación era pequeña y de muros gruesos, grises, un tanto descarapelados como los de las casas del viejo pintor, Brughel. Era un tanto expandida y carecía de ventanas. Yo estaba de espaldas a la puerta semiabierta y sentía que alguien nos miraba detrás de mí, afuera. La que me lanzaba figuritas en lugar del idioma castellano, se hallaba frente a mí, sentada sobre una tabla, adherida al muro, de pared a pared; tenía la pierna cruzada, los brazos entrelazados y traía uno de sus vestidos chillantes: anaranjado con verde limón. Yo no acababa de entender qué hacíamos ahí, pues nos separaban más de treinta años de divorcio legal; sabía, eso sí, que ella me seguía odiando y que si tuviera un arma a la mano la usaría. Logró que nuestros dos hijos, varón y mujer, se distanciaran de mí y quizás me maldijeran.

De súbito, se abrió una puerta que estaba en el piso delante de mí y de ahí salió mi madre, quien había muerto 20 años atrás; antes de que cerrara la puerta, azotándola en el suelo, alcancé a mirar que en el subsuelo había escalones que subían al cuarto. La cerró y se fue a sentar junto a mí ex mujer y se saludaron cordiales, aunque en vida de mi progenitora nunca se llevaron bien; cada una era un naipe maldito para la otra. Mi madre guardó silencio, tomó una posición rígida, como de figura azteca, y me miraba con ojos fijos. En rigor, no traía ojos, sino dos oscuridades profundas en forma de cocol.

La habitación se fue poniendo cada vez más oscura; viendo hacia ellas, miraba borrones de seres femeninos, pero mi intuición podía distinguir con claridad los gestos de las dos brujas. Mi ex siguió hablándome en trabalenguas y era un discurso, según pude adivinar, en el que me culpaba de sus desgracias desde niña y de las de mis hijos. Pero era muy absurdo porque sus fundamentos se convertían en algo irracional y falso al escucharlo tantísimas veces. Entonces, recordé la ocasión nocturna en que fue atrapada por una histeria vegetal; caminábamos a través de un parque brumoso hasta que llegamos a mi carro. La ayudé a subir, pues en su desorden mental había perdido la coordinación de